

EXPERIENCIAS

UN ENCUENTRO CON EL DIOS COMPASIVO Y MISERICORDIOSO PRESENTE EN LAS PERSONAS VÍCTIMAS DE LA TRATA

Comisión de Trata

“Somos llamadas a construir la vida, abiertas a los llamados del Espíritu que se manifiestan, en los signos de los tiempos y ape-lan a nuestra presencia, allí donde la vida está por un hilo... Es preciso recoger los pedazos de vida que todavía sobran antes de que se pierdan”. (Ana Roy)

La Vida Religiosa Consagrada tiene como vocación misionera ser signo del modo de ser de Dios en el mundo. Revelar la primacía del amor de Dios para con la hu-manidad, sobre todo con quien sufre. Estar presente junto a las/os empobrecidas/os, es para las reli-giosas y religiosos, las/os cristia-nas/os, una misión de ser la Bue-na Noticia del Evangelio en medio de ellos, marcando su praxis en la mística de la encarnación de Je-sús de Nazaret que vino para que *todas/os tengan vida y vida en abundancia* (cf. Jn, 10, 10).

La VC procura discernir en cada momento histórico las llamadas de Dios, que nacen de los clamores de los pobres, pues, en cada épo-ca y contexto fueron presentán-dose como un elocuente clamor por la vida y la liberación. Muchas congregaciones fueron asumiendo espacios y proyectos concretos de

aproximación y compromisos, que expresan significativamente los valores de su *vocación-misión*. La misión en Red junto a las víctimas de la trata de personas es fruto de esta sensibilidad compasiva.

Los clamores de las mujeres, adolescentes y niñas víctimas de la trata de personas fueron sentidos como un incesante grito de Dios en la Vida, y por la fuerza del carisma y de la misión de seguir a Jesús en el camino de los pobres. La Vida Religiosa Consagrada, en un movimiento dinámico de fe y solidaridad, se sintió convocada a vivir la Consagración-Misión en las periferias y fronteras de las causas humanas, auscultando las interpelaciones de Dios en el hoy de la historia. Actuando en redes Intercongregacionales, ellas, han vivido la *cultura del encuentro* junto a las víctimas de la Trata de personas como espacio sagrado de la misericordia de Dios y superación de la indiferencia reinante en la sociedad.

La hermana Roselei Bertoldo, colaboradora de la Red Un Grito por la Vida, en la Región Norte de Brasil, comparte su vivencia de encuentro y acogida misericordiosa junto a las mujeres víctimas de la trata de la Región Amazónica:

“Misericordia es la ley fundamental que habita en el corazón de cada persona, cuando ve con ojos sinceros al hermano, la hermana que encuentra en el camino de la vida. (Misericordiae Vultus n. 2)

Estamos viviendo un tiempo propicio donde somos convocadas/os a reconocer, contemplar y servir el rostro concreto de la misericordia en el rostro de las personas, en el lugar donde estamos. Podría mencionar la experiencia en acciones de enfrentamiento al tráfico de personas en el estado del Amazonas y la acogida y acompañamiento a las mujeres que fueron víctimas de ese crimen.

Estas historias provocan en nosotras/os diversos sentimientos. Trabajar a conciencia por detectar el tráfico de personas, en la región del Amazonas, así como recibir las historias de vida y acompañar a personas víctimas de este crimen, nos confirma lo que sabemos: que el tráfico de personas existe y es real. Cuando escuchamos sus historias descubrimos en el acompañamiento voces de este crimen, que destruye la vida de las personas víctimas de esta violencia y a sus familias. Es un atropello a la vida, pues roban sus sueños, su

dignidad, que es el bien más precioso que toda persona tiene.

Hablar de misericordia es hablar de estos rostros concretos: Nara, 19 años y Silvia, 23 años, vivían en una ciudad del interior del Amazonas, fueron llamadas para ir a trabajar como cocineras en una mina en Paramaribo Suriname. En todo el viaje hasta la llegada a la mina fueron explotadas sexualmente, les prohibieron salir, vivieron múltiples formas de explotación; solo, después de muchos intentos de huida, lo consiguieron.

Lía, 18 años, empezó una relación con un señor por internet. Después de un tiempo, él le envió el pasaje para viajar a España. Al llegar allá, quedó prisionera y fue obligada a prostituirse en una casa nocturna. Vivió allí por dos años, hasta que logró huir, hoy rehízo su vida y trabaja como vendedora de café en una terminal del ómnibus, en Manaos.

Estas mujeres actualmente están reconstruyendo sus vidas, han logrado volver. Pero, hay otras tantas historias de mujeres que buscando sueños de una vida mejor, perdieron el sentido de su

existencia. Las víctimas que pudieron liberarse se volvieron guerreras, y hoy, silenciosamente, contribuyen en la lucha contra el tráfico de mujeres con fines de explotación sexual. Ellas transmiten sus historias de sufrimiento a otras, porque conocen la crueldad de las redes de mafiosos que las apartan y aíslan, causando un terrible efecto mental como: estrés emocional, vergüenza, pesar, miedo, desconfianza, abusos físicos, pensamientos suicidas, disturbios post-traumáticos de stress, ansiedad aguda, depresión e insomnio.

En este encuentro, con cada rostro, el mismo Jesús se hace presente. Él nos mueve a permanecer en los diversos lugares socialmente rechazados, lugares de exclusión y de marginalidad, lugares donde no queremos estar, lugares donde las miradas son de discriminación y de juicio. Jesús nos desafía a estar y a vivir la misericordia. Estos lugares están habitados por mujeres que han sido víctimas de violencia y del crimen del tráfico de personas, víctimas de abuso y de explotación sexual. Algunas de ellas al no encontrar otros espacios de trabajo o inclusión social, buscan sobrevivir entre bares, calles y plazas.

Vivir la misericordia a partir de este suelo, exige de nosotras/os una entrega gratuita de vida, escucha y acogida, es decir, acciones que contribuyan a dar alternativas. En estos espacios nos encontramos con la vida descartada, excluida, enferma y muchas veces fracasada. ¿Quién va a curar esas grandes heridas provocadas por una sociedad patriarcal, machista, capitalista excluyente? Aquel que es misericordia, amor, ternura, luz, alegría, paz. Él espera que nosotras/os seamos para el mundo y para estas mujeres la esperanza de un futuro mejor.

La esperanza pasa por la liberación, la no explotación, por una vida digna que es fruto de la cultura del encuentro y de la misericordia irradiada en la vida. El amor a la hermana víctima del crimen del tráfico humano, debe ser traducido en actos concretos cotidianos: visitándolas, acogiendo, confortándolas, visibilizándolas y asistiéndolas cuidadosamente.

Nuestro gran desafío y compromiso es no desviar la mirada de este grave crimen de violación de derechos y de dignidad. Al contrario, ver, escuchar, acoger, sentir y renovar la vida de esas mujeres

en la vivencia de la misericordia y en la ternura de Dios que es padre y madre.

Estamos llamadas/os a contribuir para que ellas puedan recorrer un nuevo camino, redescubriendo el sentido y la belleza de la vida que nace del encuentro con Jesús y la tan soñada liberación. Es una oportunidad para dejar que Dios toque el corazón de cada persona con su amor y poder así celebrar la liberación renovada por la misericordia de Dios, que hace brotar del dolor, una esperanza que engendra vida. La invitación es para que cada una de nosotras/os nos levantemos de nuestros lugares seguros y vayamos a los lugares heridos, allí, donde nos esperan, para ayudar a restituir la vida.

El relato de la Hermana Roselei, nos revela que la *cultura del encuentro* con las víctimas de la trata de personas, pasa por la acogida, proximidad, respeto y capacidad de compasión. El encuentro marcado por el reconocimiento; en la mirada a los ojos; en la historia que el otro lleva consigo; en el nombre, que identifica y personaliza a aquel en quien encontramos la capacidad de dejarse tocar por la realidad de dolor y

sentir como propios los sueños de una vida mejor, que restauran la vida de nuestras hermanas y hermanos vulnerados por la trata de personas.

El encuentro es lugar y espacio de humanización, es epifanía de algo mayor, es la manifestación de una realidad salvífica de Dios. Sintámonos todas y todos interpeladas/os a salir, a ir al encuentro, a sumar en la misión en las redes de enfrentamiento de trata de personas de nuestros países, siendo la Buena Nueva del Reino de Dios para las personas más excluidas de los derechos y violadas en su dignidad como sucede con aquellas que se convirtieron en ‘mercancía’ por causa de la explotación en la trata de personas.

Concluimos citando al Papa Francisco en su mensaje para el día Mundial del Migrante y del Refugiado (17.02.2016): *“Nadie puede fingir que no se siente interpelado por las nuevas formas de esclavitud gestionadas por organizaciones criminales que venden*

y compran hombres, mujeres y niños como trabajadores forzados en la construcción civil, en la agricultura, en la pesca o en otros ámbitos de mercado. ¡Cuántos menores son, todavía hoy, obligados a alistarse en los ejércitos que los transforman en niños- soldados! ¡Cuántas personas son víctimas del tráfico de órganos, de la mendicidad forzada y de la explotación sexual! De estos crímenes aberrantes huyen los prófugos de nuestro tiempo, que interpelan la Iglesia y la comunidad humana, para que también ellos puedan ver, en la mano extendida de quien los acoge, el rostro del Señor, ‘el Padre de las misericordias y el Dios de toda consolación’” (2 Cor 1, 3).

De hecho, “¡Acoger al otro es acoger a Dios en persona! No dejen que les roben la esperanza y la alegría de vivir que brotan de la experiencia de la misericordia de Dios, el cual se manifiesta en las personas que encuentran a lo largo de sus caminos” (Papa Francisco).